MARQUÉS DE SAN JUAN
DE PIEDRAS ALBAS
EX LIBRIS

Juan B. Artés y Aichart, Pbro.

LA HUÍDA DE TERESA

Ó SEA

LA VOCACIÓN DE TERESA DE JESÚS

AL MARTIRIO

ESCENA PARA NIÑAS EN UN ACTO Y EN VERSO

Quinta edición

Es propiedad de la Sociedad Editorial.

BARCELONA

IMPRENTA DE FRANCISCO J. ARTÉS Y AICHART

Calle de los Ángeles, núms. 23 y 25

1926

Juan B. Altés y Alabart, Pbro.

LA HUÍDA DE TERESA

Ó SEA

LA VOCACIÓN DE TERESA DE JESÚS

AL MARTIRIO

DRAMA PARA NIÑAS EN UN ACTO Y EN VERSO

Quinta edición

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica

BARCELONA

IMPRENTA DE FRANCISCO J. ALTÉS Y ALABART

Calle de los Ángeles, núms. 22 y 24

1906

PERSONAJES

Teresa.
Rodrigo, *hermano de la Santa.*
Isabel, *amiga.*
Piedad, *pobrecita.*
Beatriz, *amiga.*

NOTAS: Aunque Santa Teresa sólo tenía unos siete años cuando marchó de la casa de sus padres con deseos de sufrir el martirio, sin embargo, como sería cosa por demás difícil que niñas de esa edad supieran aprender y ejecutar el papel de Teresa, creemos que no sería del todo imperdonable si lo ejecutase una niña de hasta once y doce años. Lo mismo decimos respecto de las demás niñas.

El papel de Rodrigo (caso de que no se quisiere admitir niño alguno) creemos que bien pudiera ser desempeñado por una niña en traje si es ó no es ambiguo.

ES PROPIEDAD DE SU AUTOR

ACTO ÚNICO

Jardín á espaldas de la casa de los padres de santa Teresa, plantado de algunos árboles y sembrado de macetas de flores.—Una puerta en el fondo que comunica con el interior de la casa.—Puertas á ambos lados del proscenio que comunican la una con la calle, y la otra también con la casa.

ESCENA PRIMERA

TERESA y RODRIGO

TER. Mira, Rodrigo, qué hermosas
Son estas flores: ¿las ves?...
A ver si sabes quién es
El que hace tan lindas cosas.

ROD. ¡Bueno fuera no saberlo!
Es Dios que todo lo cría.
¿Mas sabes tú, hermana mía,
(Pues no acabo de entenderlo)
Si también hablan las flores?
¿Es verdad que saben ellas
Decir razones muy bellas
Cuando esparcen sus olores?

TER. Yo no sé el extraño idioma
Que usan las flores, Rodrigo;
Mas pienso á solas conmigo
Que con su fragante aroma
Algo á Dios deben decir.

ROD. ¡Ay qué gusto, si su acento,
Llevado en alas del viento,
Pudiese yo percibir!

TER. Es que su voz es secreta
Y es fácil no la percibas.

ROD. ¿Que no? Mi anhelo avivas.
Las flores de esta maceta
Voy á escuchar.
(*Se acerca de puntillas á una maceta y escucha.*)
TER. ¿No oyes nada?
ROD. Nada aún.
TER. ¿Ni un mal suspiro?
ROD. Sólo su fragancia aspiro,
Mas la flor sigue callada.
TER. ¿Callada? No. Pues levantan
Al cielo sus voces suaves
Plantas, flores, fuentes, aves
Que la gloria de Dios cantan.
Cada sér, á su manera,
Según lo puede mostrar,
No cesa de celebrar
Al que la vida le diera.
Todos le muestran su amor:
Con sus luces las estrellas,
Las aves con sus querellas,
Las fuentes con su rumor,
Con su gracia y sus colores
La pintada mariposa,
Con sus perfumes la rosa,
El sol con sus resplandores.
Y ¡ay, Rodrigo! cuando así
A Dios están celebrando.
En cara me están echando
La frialdad que ven en mí.
¡Tanto que el buen Dios nos ama!
¡Y tan poco que le amamos!
ROD. Pues yo sí le quiero, ¡vamos!
Que cuando voy á la cama
Y al despertarme también
No me olvido de rezarle.
TER. Mas no sabemos amarle
Como lo merece quien
Por nosotros sufrió muerte
En una cruz enclavado...
¿Cuándo, Jesús adorado,
En el cielo podré verte?
¡Oh! ¡Quién pudiera lograr
Tanta ventura, Rodrigo!
ROD. Pues mira: lo que te digo
Es que la quiero alcanzar.
TER. ¡Cuántos hay que la alcanzaron
Sin grande dificultad!
ROD. ¿En dónde? Porque en verdad
Siento que atrás me dejaron.

TER. ¿Tan pronto, hermano, te olvidas
De aquella historia de Santos,
Donde se cuenta que tantos
Por Dios han dado sus vidas?
¿No recuerdas qué contento
Y qué alegría nos daba
Ver como el mártir lograba
La palma del vencimiento;
Y qué sólo en un instante
De dolor, por Dios templado,
Había el mártir logrado
Del cielo ser habitante?
ROD. Ya lo recuerdo, Teresa;
Pero escucha: ¿dónde están
Aquellos moros que dan
Esa palma tan apriesa?
TER. ¡Toma! Esos hombres malvados
Están allá en morería.
ROD. ¿Muy lejos, hermana mía?
TER. No estarán muy apartados.
¡Ay, hermano! ¿Por qué no
Podremos hacer nosotros
Lo que hicieron tantos otros?
ROD. Pues también lo hiciera yo.
TER. ¡Quién sabe, hermano! Esperemos...
¿Mas oyes? Acaso vienen...
ROD. Beatriz ó Isabel.
TER. No tienen
De saber...
ROD. Nada diremos.

ESCENA SEGUNDA

Dichos é ISABEL

TER. ¡Hola, Isabel! Bienvenida.
ISAB. *(Entrando.)* ¿Qué tal, Teresa? Ya os digo
Que os divertís bien, Rodrigo,
En esta huerta escondida.
ROD. No, no, Isabel. Yo me alegro
Que te hayas venido aquí,
Porque creo que sin tí
Hoy no jugamos.
ISAB. ¿Tan negro
Es el humor de Teresa?
ROD. Yo no sé; pero dirías
Que está boba.
ISAB. *(Pensativa.)* Boberías
Quisiera yo como ésa.

TER. ¡Vaya, Isabel! *(Reconviniéndola dulcemente.)*
ROD. ¿Y qué hacemos?
¿Queréis jugar? Pues si no,
Me largo á otra parte yo.
TER. ¡Jesús, qué chico! Juguemos.
ISAB. ¿Pero á qué?
ROD. A quien corre más.
TER. ¡Quita allá! que eso fatiga
Y no hay nadie que te siga.
ROD. Ya me pondré yo detrás.
ISAB. Mejor fuera que de flores
Hiciéramos lindos ramos.
¿No es verdad, Teresa?
TER. Vamos,
Yo sé otros juegos mejores.
ISAB. ¿Qué juegos son?
TER. Sentaditas
Aquí á la sombra...
ROD. ¿Y qué haremos?
TER. Mira, los tres jugaremos
A hacer conventos y ermitas.
¡Qué alegría da el ver como
Las piedrezuelas poniendo
Van las paredes subiendo
Cual si se hicieran á plomo.
Aquí una puerta se deja;
Allí ventanas; al lado
Pongo un hermoso terrado,
Y en otra parte una reja.
Un lindo huerto detrás
Con hierba y flores coloco:
En eso empleo no poco
Trabajo... ¿Qué falta más?
¡Ah! Me olvidaba, Isabel:
Cuando al tejado una llega
El campanario allí pega
Recortadito en papel.
ISAB. Y luego por poco que una
Se descuide, al suelo viene.
¡Tanto trabajo que tiene!
TER. No me da pena ninguna
Eso que dices, porque
Si ya yo me he divertido,
Y otro objeto no he tenido
Que jugar, ya lo logré.
ROD. Sí, juguemos, y al momento.
ISAB. Ya se vé, que hoy es buen día.
TER. Pues vamos... ¿Mas, qué decía
Antes?

ISAB. Que hiciste el convento.
TER. ¡Ah! sí. Después nos tapamos
Las caras con los pañuelos,
Que semejen unos velos,
Y monjitas parezcamos.
ROD. ¿Monja también yo sería?
TER. No; tú harás de sacristán.
ROD. Sí, sí, veréis que bien van
Campanas y sacristía.
TER. Manos, pues, á nuestra empresa.
ROD. ¿Mas quién será fundadora?
TER. Isabel.
ISAB. No, no; en mal hora,
Que eso le toca á Teresa.
TER. ¿De verás? Pues atended.
Vengan tierra y piedrecitas
Para hacer nuestras ermitas...
¿Véis? Como aquestas traed. *(Recoje algunas.)*
ISAB. ¿Aún quieres más? *(Recoje más piedras y se las entrega.)*
TER. ¡Qué graciosa!
Como que me iba á lucir,
Dejarlo sin concluir,
Vengan piedras, perezosa. *(Con donaire.)*
ROD. Pues mira, á mí no me agrada
Este juego: no divierte...
TER. Como no sea romperte,
A tí no te gusta nada.
¿Lo véis? ¿Lo véis? Ya se acaba.
Esto será campanario:
(Sostiene y pega un pedazo de cartón hecho á manera de campanario.)
Ponte bien; así... ¡canario!
ISAB. ¿No sabéis en qué pensaba?
TER. ¿Y en qué pensabas ahora?
ISAB. Al mirarte me imagino
Que tienes gracia y buen tino
Para ser...
TER. ¿Qué?
ISAB. Fundadora.
TER. ¡Y qué modo de burlarte!
Dime si aquesto te agrada.
ISAB. ¡Oh! mucho: es una monada
Que prueba tu ingenio y arte.
TER. ¡Bah! Ahora hagamos las dos
De monjas.
ROD. Yo tocaré
La campana, mientras que
Vosotras rezáis á Dios.

(*Se ponen ambas niñas unos pañuelos blancos en la cara, y una vez arrodilladas cantan, mientras Rodrigo toca una campanilla.*)

CANTO

«Dios bueno, Dios santo,
Y Dios del amor,
Proteje el encanto
De nuestro candor.
Que nunca olvidemos
Tu excelsa piedad
Y siempre te amemos
Oh Dios de bondad.»

ISAB. Me voy, Teresa, que es tarde,
Y temo que madre riña.
TER. ¿Tan pronto te marchas, niña?
ISAB. Me voy, adiós.
TER. El te guarde.
Abre la puerta, Rodrigo,
Y acompáñala hasta afuera,
Mientras tu hermana te espera,
Porque hablar quiere contigo.

ESCENA TERCERA

TERESA

Sí, partir quiero en seguida,
Donde gozosa mi alma
Logre de mártir la palma,
Dando por mi Dios la vida.
¿Habrá alguno que me impida
Volar con ferviente anhelo
Donde cambie por el cielo
Esta vida transitoria
Y compre toda una gloria
Con dejar solo este suelo?
¡Oh, niños de puras frentes,
Candorosos como el lirio,
Que volasteis al martirio
Padres dejando y parientes!
¡Oh, vírgenes inocentes,
Que porque á Dios mucho amasteis,
La palma al lirio enlazasteis,
Y con alas desplegadas
Cual aves enamoradas
Hasta el cielo os remontasteis!
Vosotras, que ya gozando
Estáis de eternas dulzuras

Y en medio de luces puras
A Dios estáis contemplando:
¿Cuándo será, decid, cuándo
Que unida yo á vuestro coro
Cante aquel himno sonoro
Que á Jesús do quier siguiendo
Cantáis vosotras, tañendo
A la vez salterios de oro!
¡Siempre! ¡Siempre! Por demás
Esta palabra me alienta;
Pero el alma me atormenta
Esta otra: *¡jamás! ¡jamás!*
Alma mía, ¿á dónde irás,
Si temerosa y cobarde,
Esperas para más tarde
Imitar á tantas almas
Que sus coronas y palmas
Te muestran con bello alarde!
¿Cómo de lograr no tengo
Lo que tantos han logrado? (*Pausa.*)
¡Ah Jesús mío adorado!
Aguardadme que ya vengo
Mientras aquí me entretengo
Y de la gloria me privo,
Me parece que no vivo,
Antes triste y sin ventura
Arrastro en cárcel oscura
La cadena de cautivo.
Y si quisiera venir
También mi hermano conmigo,
¡Oh, qué hermoso es con Rodrigo
El martirio recibir!
Los dos al cielo subir
Con las palmas en las manos,
Y juntos los dos hermanos
Embriagarnos dulcemente
En la misma eterna fuente
De deleites soberanos.
¡Oh, qué dicha! Alguno viene.
(*Se oye ruido dentro.*)
Será Rodrigo.

ESCENA CUARTA

TERESA, RODRIGO y PIEDAD

ROD. Tu hermano;
Pero no vengo yo solo:
Conmigo una niña traigo.

TER. ¿Quién es?
ROD. Una pobrecita
Que ahí en la calle he encontrado.
TER. Vén, vén acá, hijita mía;
¿Qué tienes?... Tú tienes algo.
PIED. ¡Oh, señorita!... (*Llora*.)
ROD. No temas
Y cuéntanos sin reparo.
PIED. No tengo madre: murióse,
Y sola yo me he quedado.
TER. ¡Pobrecilla! No te aflijas;
El buen Dios será tu amparo.
¿Y tu padre?
PIED. Tres semanas
Hace que le cautivaron
Los moros allá muy lejos.
TER. (*Aparte*.) (Si allí me hubiese encontrado,
¡Qué feliz fuera, Dios mío!)
ROD. (*Con vehemencia*.) ¡Malhayan esos morazos
Que otra cosa no desean
Que acabar con los cristianos!
¿Y no mató á ningún moro
Tu pobre padre?
PIED. Eran tantos
Los moros que les salieron,
Que era imposible contarlos.
Mi padre y cuantos marinos
Iban en el mismo barco
Sin ningún remedio fueron
Con unas cuerdas atados
Y á una cárcel horrorosa
Enseguida los llevaron.
TER. ¡Pobre niña! (*Aparte*.) (Pero envidio
La suerte de esos cristianos.)
ROD. ¡No estar allí nuestros fuertes
Y victoriosos soldados!
PIED. ¡Ay, Dios mío! Sólo padre
Tenía, y me lo quitaron! (*Llora*.)
TER. No llores, que por ventura...
Quién sabe si está ya á salvo
Tu padre, ó tal vez no estuvo,
En donde á tí te contaron.
PIED. ¡Sí que estuvo!
TER. Quizá no.
PIED. ¡Ay, yo lo ví!
ROD. ¿Cómo? ¿Cuándo?
TER. ¿Será posible, hija mía,
Que á tu padre cautivaron
Y á tí no?

PIED. Yo sí lo quise;
Mas no me valió mi llanto.
ROD. No lo entiendo.
TER. Cuenta, niña.
PIED. ¡Ay, fué un día desgraciado!
Poco hacía que acababa
De dejar yo el mismo barco
Donde servía mi padre,
Para subir por mi daño
A otro igual que detrás iba
(Que era el mismo el rumbo de ambos);
Y todo por darle gusto
A una mujer, que con tanto
Exceso á mí me quería,
Que con tenerme á su lado
Era feliz. De repente
Venir corriendo notamos
Un veloz bajel: al verle
Todas dijeron: ¡corsarios!...
Entonces los marineros
Reman con robustos brazos,
Alejándose bien pronto
De tan terribles contrarios.
Mas ¡ay de mí! que no tuvo
Tal fortuna el otro barco:
Sin duda alguna el peligro
No previeron descuidados
Los marineros, y luego
Cautivos todos quedaron.
Al ver yo como á mi padre
Le ataban, desde mi barco
A gritos me lamentaba
Diciendo: «Viles tiranos,
Cautivadme á mí á lo menos
Junto con mi padre amado.»
Vanas mis razones fueron
Y mis suspiros y llanto,
Pues de mi vista mi padre
Se iba alejando, alejando .. (*Llora.*)
ROD. ¿Y nada más has sabido?
TER. ¿Pudiste descubrir algo?
PIED. ¡Ay! me han dicho que los moros
Hace poco que han matado
Centenares de cautivos.
ROD. ¡Ay, pobrecitos cristianos!
TER. (*Aparte.*) (¡Cuántas palmas, Jesús mío,
Y ni una á mí me ha tocado!)
Vén, hija mía, aquí dentro,
A ver si puedo hallar algo

Para tí. Mira, Rodrigo,
Aguárdame que no tardo.
Mas ¿q' ién viene?... Al fin es ella.
(*Aparece Beatriz por la puerta del fondo.*)
Entra, Beatriz que aunque marcho...

BEAT. ¿Dónde vas?

TER. Aquí á una niña
Voy á entregarle un recado.

BEAT. No tardes; deseo hablarte.

TER. No os vayáis, que pronto salgo. (*Vase.*)

ESCENA QUINTA

RODRIGO y BEATRIZ

BEAT. Tan aprisa que he venido
Para pasar un buen rato
Con vosotros, y se marcha
Ella ahora.

ROD. No hagas caso;
Que á una niña pobrecita
Ha visto, y ya sabes harto
Como es ella.

BEAT. No ví á nadie
Como esa niña. Cuidado.
Que hace cosas...

ROD. ¿Quién, Teresa?
Yo no sé que va á ser esa.
Dirías que Dios le ha dado
Gracia para hacerlo todo
De una manera que encanta.

BEAT. Lo que digo: ni una santa
Obra y habla de ese modo.

ROD. ¡Si tú la oyeses! A mí,
Por más que nó yo le diga,
Sin saber cómo me obliga
A decir luego que sí.
¡Cá! si tiene yo no sé
Qué discreción.

BEAT. Su atractivo
Es tal, que deja cautivo
Pronto á cualquier corazón.
¡Qué donaire! ¡qué embeleso
Tiene toda su persona!
Yo le pondría corona
Ya de santa, lo confieso.
Parece que sus miradas
Alegran el corazón:
¡Qué dulces! ¡qué suaves son

A quien van encaminadas!
Debe una fuente manar
De ternura allá en su pecho,
Que, por ser aqueste estrecho,
Se desborda como un mar.
Yo, la verdad, no quisiera
Otra amiga conocer:
Dudo yo que pueda haber
Amiga más verdadera.
Todo lo entiende en seguida.
Y ella á su vez nos lo enseña;
En vano en no ser se empeña
De todo el mundo aplaudida.
¡Y tan alegre! Aseguro
Que no sabe qué es tristeza:
Cuidado cuando ella empieza,
Que su boca es oro puro.
Con ella no puede estar,
Nadie, aunque lo quiera, triste;
¿Quién á las gracias resiste
De su rostro y de su hablar?
Vamos, toda la ciudad
De celebrarla no cesa,
Diciendo que cual Teresa
No hay otra: y es la verdad.

ROD. ¿Eso dicen? No sé yo
Si lo cuente; pero mira:
Oigo á veces que suspira...
Pero no es de triste, no.
Eso que digo le pasa
Si un libro estamos leyendo:
Entonces se va poniendo
Que dirías que se abrasa.
Aquellas vidas de Santos
que refiere el libro aquel,
Aquel martirio cruel
Que dice sufrieron tantos:
Todo eso á la hermana mía
La pone de tal manera,
Que creo que si estuviera
Ella allí, mártir sería.

BEAT. Lo creo... Pero ¿qué es de ella?
¿Qué será que tarda tanto?

ROD. ¡Qué ha de ser! Que dará cuanto
Encuentre á la niña aquella.
Acertó la pobrecilla
En hallar quien la consuele:
¡Oh! ¡Lo que ella se conduele
De los pobres! maravilla.

BEAT. Voy á ver si en tornar piensa;
Pero ya se oye; callemos.

ESCENA SEXTA

Dichos y TERESA

TER. Mira, Beatriz, bien me puedes
Dispensar si antes no he vuelto.
¡Ay, qué niña tan hermosa
Era aquella! Yo mil besos
Le he dado.
BEAT. ¿Besos tan sólo?
ROD. ¿Y no le has dado más que eso?
TER. Vaya, sí: alguna cosilla...
ROD. Entiendo, Teresa, entiendo.
BEAT. Has hecho muy bien, Teresa.
ROD. ¿Pues yo qué digo? Bien echo.
TER. Quien hace al pobre limosna,
A Jesús la hace, ¿no es esto?
Y aquella niña es un ángel,
¡Y es el mundo tan perverso!
¡Ay Beatriz! y cuán dichosos
Son los que están en el cielo!
Un sueño tuve una noche
(¡Qué dulce y hermoso sueño!)
Soñé que subí á la Gloria:
¿Quién podrá contar aquello?
¡Aquello sí que es vivir
Y gozar de Jesús bueno!
Mas ved lo que me pasó:
Al encontrarme allí dentro,
Cercada de resplandores
Y de indecibles contentos,
A un ángel ví que venía
En sus manos sosteniendo
Una palma más hermosa
Que el topacio. Yo al momento
Quise envidiosa cojerla;
Pero el ángel, sonriendo,
Me dijo: «No; todavía
Tú no mereces tal premio:
Esta es la palma de un mártir,
Y tú, Teresa, ¿qué has hecho?»
Triste algún tanto me puse
Estas palabras oyendo,
Y pasó no sé que cosa
En el fondo de mi pecho.
BEAT. ¡Bonito sueño, Teresa!

Mas no pasa de ser sueño.
ROD. Si se había de hacer caso
De los sueños... ¡fuera bueno!
TER. Es verdad; mas desde entonces
Muchas veces lo recuerdo,
Y conmigo á solas digo:
¡Ay cielo! ¡divino cielo!
¡Ay palma hermosa del mártir!
Y viene á mi pensamiento
Lo que aquel ángel me dijo:
«Y tú, Teresa, ¿qué has hecho?»
ROD. Vaya, Teresa: cuidado,
Que nos pones sin quererlo
Tristes y... no sé decirlo.
¿No es verdad, Beatriz?
BEAT. Es cierto.
Una parece que pierde
Hasta el gusto de los juegos
Cuando nos cuenta Teresa
Sus... cualquier cosa... sus sueños.
TER. ¿Tristes me decís que os ponen
Tan alegres pensamientos?
¿Hay cosa qué más alegre
Que la memoria del cielo?
¿No está allí lo más hermoso,
Lo más regalado y tierno
De todo cuanto nosotros
Imaginarnos podemos?
BEAT. Bien es verdad.
ROD. ¿Quién lo duda?
¿Mas qué sacamos con ello?
TER. ¡Ay, Rodrigo! ¿qué sacamos?
Dices tú.—Lo que queremos?
BEAT. ¡Somos tan niñas!
ROD. Es claro.
TER. ¿Y las niñas nada hicieron?
BEAT. Por Dios, Teresa, que siempre
Has de ganar, no hay remedio.
ROD. Por eso tampoco nunca
Disputar con ella quiero.
TER. ¡Ah! mejor ganar quisiera. .
¡Dios mío! ¡Qué impulsos siento
De...
BEAT. ¿De qué, Teresa?
TER. Ignoro
Como decirlo. Deseos
Tan encendidos me asaltan,
Da el corazón tales vuelcos,
Que yo quisiera moverme,

Correr, volar, de mi pecho
Las ansias satisfacer,
Y no sé por cuáles medios,
Ganas de llorar me vienen...

ROD. ¿De llorar? ¡Pues fuera bueno!

TER. De dar gritos, de cantar...

BEAT. Eso está bien; sí, cantemos,
Que eso alegra.

TER. Y con los cantos
Expresar los sentimientos
Del alma.

ROD. Mira, Teresa,
Si te parece, entonemos
Aquellas coplas tan lindas
Que ayer cantamos.

BEAT. Pues presto
A cantarlas.

TER. Empezad.

CANTO (1)

Véante mis ojos
Dulce Jesús bueno;
Véante mis ojos,
Muérame yo luego, etc.
Vea quien quisiere
Rosas y jazmines,
Que si yo te viere,
Veré mil jardines,
Flor de Serafines,
Jesús Nazareno.
Véante mis ojos
Muérame yo luego.
No quiero contento
Mi Jesús ausente,
Que todo es tormento
A quien esto siente;
Solo me sustente
Tu amor y deseo.
Véante mis ojos
Dulce Jesús bueno;
Véante mis ojos,
Muérame yo luego.

ROD. Comienza tú, y seguiremos.

BEAT. Pero vaya, y qué tranquila
Cantando aquí me entretengo!
Me voy. Adiós.

TER. Aún es pronto.

ROD. Oye, Beatriz; vuelve presto. (*Vase.*)

ESCENA SÉPTIMA

TERESA y RODRIGO

TER. Ya que solos aquí estamos
Y nadie se oye en la casa,
Escucha...

ROD. ¿Pero qué pasa? (*Asustado.*)

(1) Hemos escogido para cantar aquí estos versos de la Santa, no vacilando en cometer ese anacronismo, que se nos perdonará en gracia del deseo que nos anima de que las niñas se empapen de los mismos conceptos y palabras de la celestial Poetisa.

TER. Atiende.
ROD. Ya atiendo, vamos.
TER. Siempre has sido tú, Rodrigo,
Mi buen hermano del alma:
¿Cómo aspirar á la palma
De mártir sino contigo?
Tú partícipe y testigo
De cuanta satisfacción
Entró en este corazón,
Con el cual tanto te quiero.
¿No fueras mi compañero
También en esta ocasión?
ROD. ¿Mas dónde vamos los dos
Solos, sin nadie ayudarnos?
TER. (*Con mucha expresión.*) A donde descabezarnos
Quieran por amor de Dios.
Para aquel que marcha en pos
De la palma apetecida,
No faltará por tu vida
Algún moro que con fiera
Cuchilla, cuando nos hiera,
Nos abra el cielo enseguida.
ROD. ¿Pero no miras, Teresa,
Que el camino no sabemos,
Y si luego nos perdemos,
Perdida está nuestra empresa?
TER. No te acobardes por esa
Dificultad; mas confía
Que no hará falta algún guía;
Y si no, bien ha de haber
Quien sepa y nos dé á entender
Donde cae Morería.
Esta es ocasión muy buena
Para dejar nuestro nido;
Ni el más pequeño ruido
Dentro de la casa suena.
Huyamos... ¿pero qué pena
Te detiene?
ROD. (*Dudoso y vacilando.*) ¿Y qué comemos,
Si provisiones no hacemos?
TER. Calla, no temas, Rodrigo,
Que algo yo traigo conmigo,
Y de hambre no moriremos.
ROD. Y cuando madre entre aquí
Y no nos halle... ¿qué hará?
Pobrecita, llorará
Por nosotros, ¡ay de mí!
TER. Es verdad, llorará, sí,
Mas nosotros desde el cielo

Mandarémosle un consuelo
Que dulcifique su llanto
Y su dolor, hasta tanto
Que también deje este suelo.
Si muriésemos ahora
También madre lloraría;
Mas Dios un bálsamo envía
Al que está afligido y llora.
¿Pero morir? No, en mal hora;
Que si al martirio volamos,
A vivir, á vivir vamos,
Trocando con feliz suerte
Esta vida, que es la muerte,
Por la Gloria que anhelamos.

ROD. (*Con entusiasmo.*) ¡Oh, Teresa, mi lucero!
Esa Gloria que tú quieres
La quiero yo, y si tú mueres
Por Jesús, por Jesús muero.
¿Yo temer el bien que espero?...
No mil veces; que valor
Me da una luz interior,
De suerte que el retardar
El momento de marchar
Me causa pena y dolor.

TER. Pues marchemos.
(*Se dirige á la puerta que da á la calle.*)

ROD. Déjame
Decir adiós á esta casa.

TER. Mira que el tiempo se pasa.

ROD. Pues adiós sólo diré
Al jardín:—Yo que os regué
Tantas veces, lindas flores,
Que aspiré vuestros olores
Haciendo ramos vistosos...
(*Aparte.*) (Mas se me ponen llorosos
Los ojos... ¿Pues qué tendré?)

TER. ¿Qué es, Rodrigo? ¿Se enternece
Tu amante pecho por fin?
Si dejas este jardín,
Otro en el cielo florece.
Allí la flor no fenece
Ni se seca la verdura,
Es eterna la hermosura
Y el agua nunca se agota,
Sino abundante allí brota
Siempre un río de dulzura.

ROD. Ya me pasó; ya estoy fuerte.

TER. Pues en silencio salgamos
Y á nadie ¿entiendes? digamos

Que sin temor de la muerte...
ROD. Buscamos la mejor suerte.
TER. Es claro: y como si fuera
Una á divertirse afuera,
Por esas calles se baja
Recto á la puerta de Adaja
Y... ¡Avila, adiós!
ROD. *(Conmovido.)* Pero espera
Un momentico. El acento
De madre creo que escucho...
Y á Beatriz... ¡Dios mío! ¡Mucho
Ha de ser su sentimiento!
TER. Vén, vén, Rodrigo, al momento;
Van á salir.
ROD. (*Sin moverse*) Oigo á madre...
TER. Nos llama Dios, nuestro Padre.
Yo me voy ¡adiós!
ROD. (*Llamando y dirigiéndose á ella.*) ¡Teresa!
Ya vengo.
TER. Pues date priesa.
(*Con entusiasmo.*) ¡Al martirio!
ROD. (*Con exaltación.*) ¡El mundo ladre! (*Vanse*)

ESCENA OCTAVA

BEATRIZ

(*Llamando*) ¡Teresa! vamos, qué modo
De jugar toda la tarde...
¿Más dónde están?... No los veo
Aquí por ninguna parte.
(*Mirando por todo el jardin.*)
Es que se habrán escondido.
Ya saldrán: que los buscase
Quisieran ellos, y luego
Hacer burla de no hallarles.
Pues aquí me sentaré
Hasta que los dos se cansen
De estar como conejitos
Escondidos. No he de alzarme,
No, no. Bien podéis estaros
Todo el tiempo que os agrade
En la oculta madriguera
Donde os pusisteis, tunantes.
Perdona, Teresa mía,
Ni tú, Rodrigo, te enfades;
Pero tiene poca gracia
Esa partida jugarme. (*Pausa.*)
Salid por Dios, que me canso

De estar sola... Pero á nadie
Se oye chistar. ¿Es posible
Tan callanditos estarse?
¡Teresa! ¡Rodrigo! ¡chicos! (*Llamando.*)
Salid; no hagáis enfadarme.
Mas nada: no estarán; vamos,
No tengo que vueltas darle.
Pero en su casa no están,
Ni salieron á la calle:
A no ser que hayan salido
(*Señalando la puerta que da á la calle.*)
Por aquí... Pero ¡qué diantre
Han de salir por aquí,
Si por aquí nunca salen!
Y sin embargo, me ha dicho
Que aquí están su misma madre.
(*Registra por todos lados*)
Pues no señor. Solamente
Veo huellas y señales.
Aún está aquí la casita;
Flores allí; en todas partes
Hallo sus cosas... mas ¿dónde
Pudieron ellos marcharse?...
No hay remedio: entraré dentro
A decírselo á sus padres. (*Pausa.*)
¡Y ellos que sólo solían
Jugar bajo de estos árboles!...
Pienso, pienso... y no me ocurre
Dónde estarán. Voy á enterarme.
(*Al dirigirse á la puerta halla á Isabel que sale.*)

ESCENA NOVENA

BEATRIZ é ISABEL

BEAT. ¿Tú, Isabel?
ISAB. ¡Hola, Beatriz!
¿Pues lo que pasa no sabes?
BEAT. ¿Qué pasa?
ISAB. Que ni á Teresa
Ni á Rodrigo hallan sus padres:
Asomáronse por ver
Si aquí jugaban como antes;
Mas no viéndoles, mandaron
Que en la ciudad los buscasen.
Han salido, han preguntado,
Han ido por todas partes,
Han registrado rincones
Y... qué sé yo... ¡todo en balde!

Los dos desaparecieron:
Mas por dónde... no se sabe.
Figúrate el desconsuelo
Que tendrá su pobre madre:
Está llorando, y no cesa
Con razón de lamentarse.
Nadie pudiera, Beatriz,
Imaginar un tal lance.
Hoy he estado aquí con ellos,
Y á la sombra de estos árboles
Nos habemos divertido
Cuanto puedes figurarte.
Hemes hecho... ¿pero á qué
Decirte lo que ya sabes?

BEAT. Ya lo creo; como que hoy
También he podido hablarles,
Y, la verdad, nada nuevo
He notado en sus semblantes,
Ni en sus palabras, ni... vamos,
Eran los mismos, iguales.
Sólo una cosa, eso sí,
Noté en Teresa esta tarde:
Contaba que tuvo un sueño
Y vió una palma de mártir,
Y yo no sé qué palabras
Contó que le dijo un ángel.
Pero al contarlo, Teresa...
(¡Ello no puede explicarse!)
Un serafín parecía
Que con vivas llamas arde.

ISAB. ¡Jesús, que niña! Capaz
La miro yo de marcharse
Allá lejos... ¡qué sé yo!
Al moro... á cualquiera parte,
Donde pueda hasta la vida
Dar por su Dios.

BEAT. Cosa fácil,
Si ella tuviera más años;
Pero ahora...

ISAB. (*Con misterio*) Dios me guarde
De decirlo.

BEAT. ¿Qué, Isabel?

ISAB. Que... bien quisiera engañarme;
Mas oye lo que te digo:
Ni nosotras dos, ni nadie
Hemos de ver á Teresa
Y á Rodrigo, si esta tarde
No los hallan.

BEAT. ¡Imposible!

¡Esto ni puede pensarse!
¿Como perder á Teresa,
Nuestra amiga inseparable,
Nuestra alegría y contento,
Nuestro embeleso más grande,
Nuestra lumbre, nuestra vida
Y... Isabel, por Dios, que calles.

ISAB. El mismo amor que le tengo
Me hace temer no se marche.
Pero tú bien reconoces
Que es Teresa incomparable,
Que á ninguna de nosotras
Se parece en nada, y aunque
Niña parece, no es niña,
Que son sus ideas de ángel,
Y su pecho con las llamas
De los rerafines arde.
Ojalá, Beatriz, tuviese
La fortuna de engañarme,
Y en nuestros brazos muy pronto
Pudiéramos... pero ¡calle!
(*Suenan gritos dentro de la casa.*)
¿Oyes, Beatriz?.. Será el llanto,
Los sollozos y los ayes
De sus parientes y hermanos,
Y en especial de sus padres,
Que á sus dos hijos perdidos
Deploran inconsolables.

BEAT. ¿Llantos y suspiros, dices?
¡Oh! te engañas; no son tales.
Yo diría que son vivas,
Alegres risas y plácemes.
¿Oyes?... (*Dentro suena todo esto.*)

ISAB. Sí, tienes razón.
Habrán debido encontrarles.
Entremos.

BEAT. (*Al descubrirles.*) ¡Jesús mil veces!
¡Son ellos!

ESCENA ÚLTIMA

Dichas. TERESA y RODRIGO

ISAB. ¡Dicha más grande!
¡Qué sorpresa, amiga mía! (*La abrazan.*)

BEAT. ¡Ay qué gozo el abrazarte!
Por Dios, Redrigo, ¿qué hicísteis?

ROD. ¿A mí culpáis?

TER. No, culpadme

A mí sola. Es inocente
De ese pecado Rodrigo;
Mas perdonandme si os digo
Que soy rea impenitente.

ISAB. ¿Y no te alegras, Teresa,
Cual nos gozamos al verte?

BEAT. ¡Ay, que creíamos perderte!
¡Oh desgracia como ésa!

TER. ¿Alegrarse, amigas mías,
Puede, decidme, mi alma,
Cuando pierdo aquella palma
Por que suspiro hace días?
Y cuando casi en mis manos
La tenía, ¡ho qué feliz!
Si me la quitan, Beatriz,
¿No diré que son tiranos
Los que arrebatan mi gloria?
¿No sentiré desconsuelo
Al perder mi ansiado cielo
Y al encontrar... sólo escoria?
¡Ay, Dios mío!

ISAB. Por piedad,
Deja tales pensamientos
¿No ves á todos contentos
De verte...

TER. (*Con desconsuelo.*) ¡Sin libertad!

ISAB. Entre tus padres y amigas
Que te prodigan abrazos...

TER. Que son redes y son lazos
Con que tú, oh mundo, me ligas.

BEAT. ¡Cómo tus padres lloraban
Al no verte, amiga mía!

TER. Pero, ¡con cuánta alegría
En el cielo me esperaban!

BEAT. Ya ves que Dios no lo quiso.

TER. ¿Qué no? Lo dices así,
Mas hay quien cree que sí,
Soñando en el paraíso.
¡Oh, Jesús, mi dulce Esposo,
Cuyos abrazos anhelo!
¿Cuándo tendrá fin mi duelo?
¿Cuándo hallaré mi reposo?

ISAB. Vamos, Teresa.

TER. (*Tristemente.*) Sí, vamos,
Vamos á vivir muriendo.

BEAT. En verdad que no te entiendo.
Cuando quiera Dios, muramos;
¿Peroahora?

TER. Sí, Beatriz;

A morir yo vengo ahora,
A morir hora tras hora,
Pero con muerte infeliz.
¡El mundo! nunca jamás.
Sobre mí ha de poder nada;
Viva á Jesús consagrada,
Guerra haciendo á Satanás.
¿Qué me importa lo demás?
¿Qué puede el mundo á mí darme?
Solo, si acaso robarme
Podría el cielo; ¡oh Dios mío!
Pero tuyo es mi albedrío,
¡Oh mi Dios! ¡quiero salvarme!
En mi pecho siempre viva
Mi Jesús, que es mi contento,
Y no haya un solo momento
Que no sea de El cautiva.
Hasta gozarle allá arriba
Donde todo bien se encierra,
Haré siempre cruda guerra
A Satanás iracundo,
De la carne al goce inmundo
Y á los bienes de la tierra.

BEAT. ¡Serafín enardecido!

TER. ¿Serafín?... A Dios plugiera
Que del cielo descendiera,
Y con un dardo encendido
Dejara mi pecho herido.

ISAB. ¿Puede arder más de lo que arde
Tu corazón?

BEAT. Dios te guarde,
Teresa mía, hasta el fin;
Mas creo que el Serafín
Vendrá, sí.

TER. Pues que no tarde. (*Vanse.*)

MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	498	Precio de la obra.....	Ptas. .....
Estante.....	3	Precio de adquisición.	» .....
Tabla.....	6	Valoración actual.....	» .....

98